

Los provechos supuestos y reales del turismo

El turista paga el coste de la producción de las cosas y servicios que consume o adquiere, incluyendo en él los impuestos que las gravan. Es un consumidor y un contribuyente.

Invitados para ello, gustosamente reproducimos este interesante artículo que el autor de referencia publicó en la revista «Fomento de la Producción», de Madrid, en su edición del día primero de Mayo último:

La utilidad que el turista rinde al país que visita es tan notoria que induce a juzgar zonzos a quienes lo dudan. No hay, sin embargo, que precipitarse. Los mayores errores tienen facetas que les dan viso de verdad. Para ponerlos de manifiesto y disiparlos, hay que encararse con ellos e iluminar sus entresijos. Lo cual no es difícil en nuestro caso.

Apenas traspone el turista la frontera, demanda servicios y cosas materiales para su consumo. Durante su vagabundeo adquiere otras cosas útiles y agradables. El copioso turismo del verano pasado en España y sobre todo en las regiones fronterizas con Francia, parecía motivado más que por deleite excursionista, por el propósito de adquirir ropas y calzado que, en razón del cambio, resultaba a mejor precio que en su país, sobre todo si, como dicen que ocurría, lograban introducirlo en su tierra burlando el odioso pago de las aduanas.

Como en el precio de los servicios prestados al turista y de las cosas adquiridas por éste van incluidas las rentas de monopolio, los impuestos transmisibles y las cargas parasitarias, el turista los paga. Las rentas de monopolio incluidas en el precio van a parar a los monopolistas, y las cargas parasitarias a los parásitos sociales. Aunque unos y otros son parte de la población indígena como ninguno de ellos es estimable a causa de su nociva función, su provecho no hay que tomarlo en cuenta. Nutrir a los monopolistas y a los parásitos es perjudicial. Unos y otros adquieren con ello más fuerza para absorber riqueza, y más aptitud para proliferar. En este aspecto, el turismo no es un favor. Pero la trascendencia de estos daños es menor que el beneficio redundante del pago de los impuestos. Podemos prescindir del daño inferido por el fomento de monopolistas y parásitos, puesto que él los paga, y fijarnos únicamente en el hecho de que se trueca en un contribuyente más. Claro está que los parásitos aumentados, aunque los sustente el turismo, son fuerzas restadas a la producción; pero en países donde es endémico el paro forzoso, esta sustracción carece de importancia.

Resumiendo: el turista paga el coste de la producción de las cosas y servicios que con-

La masa turística es un mercado más cómodo, sencillo y seguro, que cualquier otro mercado sito más allá de las fronteras nacionales

sume o adquiere, incluyendo en él los impuestos que las gravan, y aun aquellos impuestos que, con mal aviso, recaen directamente sobre él; así como la ganancia que el productor y los intermediarios obtienen. Es un consumidor y un contribuyente.

Conveniencia de facilitar la venida de turistas que dejen beneficios.

¿Con qué paga? Provisionalmente con dinero de otro país, que cambia por el nacional. Pero el dinero sólo es una estación intermedia, un lugar de espera en las transacciones. Definitivamente paga con mercancías o servicios de su país, esto es, con productos del trabajo del país de origen, o de cualquiera otro donde posea bienes utilizables para el cambio. Es decir: El país receptor del turista presta a éste servicios y le suministra cosas a cambio, en último término, de servicios y cosas producidas por el trabajo extranjero, puesto que del turismo extranjero hablamos ahora.

El problema es determinar si el turista visitante recibe más que da o viceversa. En el primer caso, su visita es un bien económicamente hablando, y su llegada significa una ganancia neta para el país receptor. En el segundo es un mal, puesto que implica una pérdida que interesa evitar (siempre desde el punto de vista económico, que no es único), cualesquiera que sean las apariencias de beneficio. Este diferente concepto debe determinar la política adecuada en relación con el turismo, por lo que a la economía se refiere. Porque si es un bien y supone una ganancia —punto que parece resuelto intuitiva si no reflexivamente— la única política razonable

POR
BALDOMERO ARGENTE
De la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas

es la de atracción no al modo tradicional, vacilante y tímido sino resuelta y valientemente, removiendo todos los obstáculos administrativos y fiscales, suprimiendo todos los obstáculos y gabelas, por mínimos que parezcan —ninguno deja de producir efecto— acumular todos los alicientes y atractivos para inducir a venir y retener el mayor número de turistas.

Son ganancia neta para el Tesoro los impuestos pagados por el turista, directa o indirectamente. La presencia de éste no origina al Estado ningún gasto que no hubiera de hacer en su ausencia; aun los que sirven de estímulo para su visita, desde el arreglo de carreteras hasta la reparación de monumentos o la instalación de albergues, paradores y hoteles, son mejoras que el Estado realiza conforme a sus deberes en beneficio de los nacionales. El turismo, pagando impuestos, parcialmente los costea. Pero hay diferencia entre los gravámenes que soporta directamente y los que paga embebidos en el precio de las mercancías o servicios. Es política incompatible con la atracción del turismo imponer al turista gravámenes directos, ya de circulación, ya de permanencia, nacionales o locales, como algunos Estados y Municipios hacen.

Todo tributo recayente sobre una actividad la disminuye. Por pequeña que sea. Lo produce a su vez en las cuentas y en las voluntades. Cuando el tributo es mínimo, su rendimiento lo es también; y no vale la pena. En cambio su efecto

irritante suele ser desproporcionado con la cuantía, precisamente por su pequeñez y su incongruencia. Y en el ánimo de cualquier vacilante, decisivo por poco que influya en el retraimiento del turista para venir o permanecer, el perjuicio es notorio. Mala política. Otro tanto puede decirse del costo y molestias de los visados y toda su tramitación administrativa, previa o compañera de la excursión turística. Esa política es contradictoria. Hay que saber lo que se quiere, y si se quiere; que venga el turista debe ser simplificada, abaratada y, si es posible, suprimida. El turista no puede perder el tiempo; para él, como para todos, el tiempo es oro.

Hay que dar facilidades para el retorno a sus países.

Todo lo anterior está dicho con carácter general; es aplicable a cualquier país. Pero señalamos, como ejemplo, un caso nuestro, que convendrá corregir. Ciertos turistas, al regresar a su país desde España, han de pagar el precio del transporte —aunque se haga con medios españoles— en moneda extranjera. El propósito perseguido es obtener la mayor cantidad posible de divisas fuertes: las cuales se les computan al turista al cambio oficialmente establecido. Como éste no coincide con el cambio efectivo, el turista prefiere trasladarse a Francia, Portugal o Gibraltar, para regresar desde allí, donde dólares, libras, etc. son computados con menor quebranto. Resultado: que no utilizan el avión o el buque español. El propósito perseguido se frustra; y el turista sufre una molestia y una pérdida que toma en cuenta al proyectar su viaje, o al relatarlo. Y no se olvide que el mayor propagandista del turismo es el propio turista que lo realiza. No se pueden perseguir dos propósitos contrarios, como no se puede servir a dos señores ni correr dos liebres al mismo tiempo.

Ningún motivo de enojo o contrariedad del turista debe

desdenarse. Porque en el turismo hay un margen de progreso muy considerable que depende de la simpatía despertada en aquél. Si en 1950 vinieron a España 491.820 turistas, contra 205.776 en el año anterior, en Francia, durante el año último los visitantes fueron 3.020.000 y la permanencia del turista en Francia suele ser más prolongada. Las circunstancias nos favorecen en esta época. Probablemente, el turismo en 1951 marcará el «récord» en nuestro país. Los norteamericanos poseen en Europa miles de millones de dólares que no cobrarán de otra manera. Hay que prepararse a recibirlos racionalmente.

El turista usufructúa servicios públicos y privados. Por punto general, en estos servicios todo es ganancia para el país visitado. Porque esos servicios —transportes, hoteles, espectáculos etc., o médicos, vehículos, mozos, recaderos, menestrales de toda especie— funcionan al mismo coste aunque no concurra a utilizarlos y pagarlos el turista; o no se prestarían por falta de ocasión. En cuanto a las cosas que adquiere o consume, la diversidad de criterios es más pronunciada. Esta es la verdadera exportación invisible; que debe equipararse con las visibles. Si la exportación es una ventaja, el consumo del turista es también ventajoso, aun prescindiendo de los impuestos pagados por aquél en el precio. Y que la exportación es ventajosa se infiere, sin muchas reflexiones, por el mero hecho de considerar que el comercio se realiza —normalmente— por mutua conveniencia.

Un índice de mejoras deseables

El consumo turístico tiende, en efecto, a aumentar el precio de las cosas, pero por tratarse de cosas producibles por el trabajo, también tiende a aumentar la producción que en parte neutraliza aquel aumento. Y en definitiva, el hueco que dejan se rellena con las cosas que, en pago, se pueden importar. La masa turística es un mercado más cómodo, sencillo y seguro, que cualquier otro mercado sito más allá de las fronteras nacionales.

Es: pues, indudable que la acertada política turística es facilitar el acceso del viajero, y hacerle agradable la estancia en el país. Por haberla practicado en otro tiempo con buen éxito, Francia es todavía, y a pesar del cambio de decoración, la «dulce Francia». Disminuir el trámite y coste del visado; intercambiar libremente las divisas, por su valor efectivo; amparar al turista eficazmente contra las arremetidas codiciosas de los explotadores; facilitar la información, aparte las mejoras interiores en hospedajes y transportes, es la buena política para todo país. Y en España la mejor, no solo por sus ventajas económicas, sino por las políticas, inestimables por las circunstancias actuales.

Aciertan, pues, todos los países que estimulan la llegada del turista extranjero. Pero ¿aciertan también los que dificultan la salida del turista nacional? ¿No realiza éste una utilísima función?

APUNTS DEL NATURAL

FLORES DE NURIA

La flor de neu, vellutada, d'un color lila, pinzellada de groc i blau, és maravillosa.

Quan les tens a la ma, fines i tremoloses, semblen plomes d'uns ocells imaginaris bonics com les mateixes flors que, al perdre's a l'infinit, han llençat la seva llevor i al caure damunt de la neu ha quedat fecundada.

Donarà a llum, a la primavera, quan les aigües de les neus que es fonguin, baixaran com folles i, escandalosament, torbaran la quietud de la vall, d'aquesta vall immensa, catifada de violetes tristes, de boix de color d'or i de lliris delicats com ales de papallona. Aquí dalt he pensat amb Maragall. Si no era aquí mateix, devia ésser en un lloc igual que va inspirar-li «La vaca cega». Dringant l'esquellot, mentres pastura l'herba fresca...

Esquellots, soroll d'aigua que baixa, l'euga ventrada que s'acosta a beure amb ses germanes que l'esperen, i els fills ajogassats,

saltant contents i atiborrats d'herba gemada. Un cavall ros, barnissat, crida amb tristesa als companys que ha perdut i, el goig de retrobar-los, li torna la calma que li fallava. Vedellets, mateix que figures de pessebre, cercant les fonts tebionies de les seves mares dócils, i un cop satisfets s'ajeu en sota el sol que crema. Allà baix, a l'immensa fondalada, ovelles que no ho semblen de tant petites que les torna la distància. Vida per tot arreu que brota de la terra, de l'aire, del perfum de les plantes, de l'immensitat de la vall, molla sempre pels gotims de la rosada.

I, a l'ésser més prop del cel, el llavi es desplega murmurant una oració de remerciament per tanta grandesa, demanant pau i amor per tots els homes. El cor bateja més fortament i els ulls s'humitegen contemplant, uns núvols que passen, de color de rosa, i es perden per sempre més enllà, dalt a l'infinit.

Siseta Moré